¿Qué harías si te quedara un año de vida?
Ella se tatuó a su chihuahua



4 CAPITULOS
ADELANTO
SIN CENSURA

INKED YAYA

JAVI ROLLING

ILUSTRACIONES RAMONE PRÓLOGO KUTXI ROMERO



Autor:
Javi Rolling
Ilustraciones:
Ramone
Prólogo:
Kutxi Romero
Dirección artística de portada y maquetación:
Javi Rolling
Producción visual asistida por IA

© 2026 Javi Rolling. Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción, distribución o transformación total o parcial de esta obra sin autorización expresa del autor.
Esta obra es una ficción satírica. Cualquier parecido con personas, hechos o situaciones reales responde a la parodia, la exageración narrativa o a una simple coincidencia.
Los personajes Inked Yaya, Roke Janpoke y Sr. Paquito son creaciones originales de Javi Rolling.
Las marcas, productos, entidades o lugares mencionados aparecen únicamente con fines narrativos o descriptivos, sin relación, patrocinio ni aprobación por parte de sus titulares.

1º EDICIÓN
ISBN: 978-82-694962-0-8
Safe Creative: 2608036627857

Publicado por SR. PAQUITO EDICIONES
Org.nr.: 933753891 (NO)



A mi abuela Milagros, a mi papá Rafael
y a mi hija Paula.

Por todo lo que queda.

EL TIEMPO ES UNA CICATRIZ

UN PRÓLOGO DE KUTXI ROMERO

En un mundo de fugitivos,
quien tome la dirección contraria
parecerá estar huyendo.
— Ana Curra

El tiempo. Toda la puta vida a vueltas con el tiempo. El que pasó, el que cursa, el que vendrá, el que se pierde, el que creemos que aprovechamos y, por encima de todo, el que te hace lo que no te haría ni tu peor enemigo.

Tras masticar y deglutir vorazmente las palabras, o la sangre, que viene a ser lo mismo, que Javi Rolling ha vertido en este escrito, me vuelve a amordazar, como tantas veces y tan a menudo me sucede, el pensamiento férreo y aterrador de que el tiempo no existe. O por lo menos el mío. Mi tiempo.

«Yo vengo de donde voy», clamaba Alfonso Caballero. Y no puedo estar más de acuerdo. De ahí vengo y ahí me dirijo constantemente. Una y otra vez. Sin *selfies* que dejen constancia del viaje, sin equipaje, tan sólo acompañado de una pena andaluza que me vigila desde la cuna y que, sospecho, me seguirá como una mala sombra hasta el nicho.

Y usted se preguntará, deseado y supuesto lector, que a qué viene este dale Perico al torno con el dichoso tiempo. Pues porque me late, y me equivoco poco, que Javi, tal que un servidor de ustedes, viene de un tiempo en el que los psiquiátricos eran manicomios, las residencias de ancianos eran asilos, y un influencer era el tonto del pueblo.

Un tiempo en el que los *haters* duraban lo que dura una buena pajarraca a tortazos, de no más de diez segundos de duración, a cara descubierta.

En definitiva, que venimos del tiempo —caduco para los demás— de nuestra patria, que, por todos es sabido, no es otra que la niñez. Y en él seguimos domiciliados. Aunque ya no exista.

A Javi no lo conozco personalmente, ni siquiera he hablado nunca con él, pero el Ramone, malagueño perita de la rancia escuela, me masculló que escribía como el coral, que tenía que echarle un acai a la novela que ahora nos ocupa y que, si me arañaba lo leído, bien estaría que le pusiese unas líneas a modo de introito antes del tiroteo.

Y como el arañazo ha sido profundo y nobleza obliga, aquí me hallo, presto a poner mi tintero al servicio de *Inked Yaya*.

No sé si el Rolling es joven o si el minutero se ha instalado en su pecho. Desconozco su procedencia, su ideología política y social, su aspecto y su personalidad. Tampoco sé qué es lo que espera de mí.

Si lo que quiere es un análisis concienzudo y en profundidad acerca de la calidad literaria y gramatical de sus palabras, lamento comunicarle que mi intelecto o mi supuesto conocimiento acerca del noble arte de la escritura es mínimo y a todas luces insuficiente.

Aunque lo mismo desea que introduzca su obra con un tono halagador, o misterioso, o melifluamente poético. Ni puta idea.

Así que voy a suponer. Para qué saber si se puede suponer, que dice un compadre mío. Y yo, suponer, lo que es suponer, supongo que te cagas.

Voy a suponer, por lo leído, que, para el señor Rolling, todos los pueblos y ciudades del mundo se debieran de llamar Fuentaladra de la Chepa; que la voz de Miguel Bosé es óptima para los viajes sideral-psicotrópicos; que mejor no reírse de un metalpaco, ya que puede ser un espejo; que en Sara Montiel se esconde un mito erótico detrás de una vieja chupando un puro y que, cuando muere un animal, el mundo se hace más triste y oscuro mientras que cuando un humano entrega la cuchara, lo que se va es un hijo de puta en potencia o en vigencia.

Y esa es otra: el día en que la humanidad, por fin, parta hacia el paraíso en donde amargan los pepinos, a ver qué mierda de planeta le vamos a dejar a Keith Richards.

He de agradecerle a Javi, antes de finalizar este canceroso e innecesario preludio, el haberme esclarecido cuestiones cuyas respuestas estaban ante mis pupilas y que el bosque de los relojes asesinos me ocultó durante toda mi existencia.

De su pulso he sabido que todos tenemos un policía debajo de la cama, unos hijos ingratos, una vida desperdiciada en gran parte, una piel tatuada por las estaciones, unas amistades

que se desvanecen dejando espacio a otras y unos padres, o abuelos, que bien merecen un último y placentero viaje aunque esto suponga atracar mil farmacias empuñando la de los ojos negros.

Así que gracias, Javi Rolling, por dejarme, por una tarde, habitar tu tiempo, que he reconocido como mío.

Porque quizá tu batalla esté en otro lugar, pero tengo claro que se trata de la misma puerca guerra.

Aquí tienes mi navaja. Nunca se sabe. Nunca.

Kutxi Romero

GUÍA DE SUPERVIVENCIA

Léase bajo su propia responsabilidad

1. Amante bandido 13
2. Pollo frío 19
3. Nunca es demasiado tarde 25
4. Requiescat in pace 35
5. Roke Janpoke, solo en efectivo 41
6. Comprar el mechero 45
7. Ticket de entrada 51
8. Los likes no dan abrazos 57
9. Lo mío pa mi saco 61
10. Con tal de llegar a fin de mes 69
11. Otro hijoputa más 77
12. El puro de Sara Montiel 81
13. Lucilerda, triángulo de amor bizarro 85
14. Pili Vanili 95
15. Minuto de oro 101
16. Un piso en Funkyrola 107
17. Seguro de defunción 111
18. Servicio de recogida a domicilio 115
19. Los leñadores 121
20. Atardecer Temprano 125

21. Crotoslav Frotovich 129
22. Terapia ocupacional 135
23. Trece tortillas 141
24. Todo bajo control 147
25. Yayocalipshit 153
26. El castigo de los débiles 157
27. Querubines del Averno 163
28. Por un instante 167
29. Convención de tatus en Fuentaladra 171
30. Pausa publicitaria 177
31. Operación Leche de King-Kong 181
32. Napalm death 185
33. Duelo al anochecer 189
34. Manos arriba, ¡esto es un atraco! 197
35. Avemaría a ciento cuarenta 199
36. Todos presos 203
37. La redención de Roke Janpoke 207
38. Sentencia firme 213
39. Las Islas Puti 221

CAPÍTULO 1
AMANTE BANDIDO

♫ *Miguel Bose - Amante Bandido*

Las primeras imágenes se viralizaron en redes sociales a la misma velocidad con la que el caprichoso objeto no identificado se marcó un tirabuzón petardeando hasta descorchar la troposfera.

Una vez fuera de la atmósfera se pasó las leyes de la astrodinámica por el forro.

Aquel tapón tecnológico desapareció del radar de los científicos, enfrascados en calcular sobre una pizarra su trayectoria imposible.

En la Tierra, las principales agencias de observación espacial estarían informando de aquel extraño astro, cogiéndosela con papel de fumar cuántico. El resultado: una ensaladilla rusa de teorías conspiranoicas a gusto del consumidor.

Pero no. Ni proyecto *Blue Beam* ni armagedón con banda sonora de Aerosmith.

La explicación más simple suele ser la más probable.

En el filo de esa navaja, la explicación astrofísica era bien sencilla: una vieja pilotando un sofá monoplaza en una

misión espacial secreta financiada por el Ministerio de Defensa de Fuentaladra de la Chepa.

La lógica y el presupuesto dictaban que, para observar el cosmos, nadie mejor que alguien que llevaba 80 años vigilando la calle tras un visillo.

Doña Milagros dejó de fustigarse por que el casco de astronauta le hubiera arruinado la permanente. En su lugar, se afanaba en controlar la nave aferrándose a los encajes de bolillo. Últimas calidades en ingeniería aeroespacial.

La nave tembló.

El butacón milenario saltó al hiperespacio.

Aunque al principio sonó como la última pedorreta de un globo, se puso en el barrio de Orión en menos que canta un parsec. 3,26 años luz.

La maniobra se saldó con la explosión de un cojín cervical que se llevó por delante un tapete de ganchillo.

Toda misión que se precie tiene sus peligros.

El más imprevisible era el componente humano.

Doña Milagros había decidido disolverse.

Se dirigía hacia un agujero negro con nocturnidad cósmica y alevosía. No había marcha atrás.

Adiós al tictac del reloj de pared que la perseguía desde la salita.

No quería volver a verle la cara al de la caja de ahorros, ninguneándola con lo de actualizar la cartilla por internet. El hijoputa.

Un mensaje de radio reventó el silencio dentro del casco de astronauta.

—*Space* Yaya, desvíe la trayec… oria. Está a dos min… utos del punto de no retorno, se dirige hacia un… bo… que… te.

La comunicación se perdió.

—¡Jiojiojio! —se cachondeó la vieja.

Las advertencias del centro de control no impedirían su cambio de planes.

El sofá flotaba a orillas de un monstruoso vórtice, suspendido entre pedruscos que volteaban rebasando su nave como miuras desbocados hasta precipitarse al rugir sordo del San Fermín sideral.

La señora esperaba turno para recibir la comunión atómica y ser tragada por el desagüe de aquel fregadero galáctico.

Un destello iluminó la butaca.

Un orbe incandescente emergió del abismo ignorando el crepitar cósmico al ritmo de *Amante bandido*.

Yo seré…
El astro que va…
Me internaré
en tu obscuridad

La aparición se aproximó a la abuela y brilló sobre la visera. El casco espacial se retrajo, dejando al descubierto su cara de felicidad.

Y reveló su identidad:

Miguel Bosé.

El puto Miguel Bosé.

Star Knight Edition. Sin falda. Ni chalequito taurino. Solo su jeto radiante de belleza andrógina-alienígena.

—¡Bienvenida, Yaya! Soy Miguel Bosé. Bueno, somos la entidad cósmica que eligió su forma para darte la bienvenida. Ahora… ¡te guiaré hasta la dimensión donde todos andamos desnudos y en bata!

—¡Me cago en to lo que se menea! ¡Activa los propulsores,

Sr. Paquito! ¡También hay sitio para ti! —No podía creerlo. Había esperado tanto tiempo.

Bajo el sofá se abrió un diafragma del que salió un traje espacial canino del tamaño de un chihuahua que, conectado a una manguera corrugada, remolcó la nave a chorrazos hacia el agujero negro.

—¡Puta! —El Sr. Paquito.

—... Yaya, es una or... den de la presidenta. ¡Suspenda la misión! Repito: ¡sus... penda la misión! ¡Re... grese a la...

—¡Anda a tomar por culo, dejadme morir!

Fue el último mensaje de la cosmonauta recogido por el puesto de control en Fuentaladra de la Chepa.

La comunicación por radio se perdió entre interferencias, ruido blanco y los sintetizadores de un hit ochentero. La entidad cósmica tarareaba su canción.

Tú y yo,
yo y tú...
Sin secretos.

La descomunal masa engulló al convoy. Allí, rompiendo la membrana del éxtasis hacia el interior del nirvana, la vieja ya casi había elegido el color de la bata de seda que le acariciaría el felpudo para siempre. Casi secuestrada por un amante bandido... ¡Bandido!

No dirás que no.

No iba a decir que no. Solo faltaba la puntita...

Mecida por las ondas que su descenso provocaba en la inmensidad, se fumó el último respiro con la cabeza aún fuera del agujero negro. Solo sintió algo parecido al despertar

RAMONE

de la anestesia de su operación de apendicitis.

A doña Milagros le subió un calorcillo conocido: el chocho se le había hecho agua.

La placentera micción dio lugar a una piscina oscura de borde infinito y superficie vaporosa que reflejó en espejo las nebulosas de la Vía Láctea.

¡Qué relajación!

Una burbuja certificó su ingreso recorriéndole la espalda en un escalofrío, hasta estallar en la nuca en forma de cosquilla.

—¡Jejejejeje! —Se había tirado un pedo.

Disfrutó el simpático y desagradable olorcillo, desatando el lazo definitivo que unía su alma con la carne y el hueso.

Luego otra pompa. Tres más. No eran suyas…

El caldo borboteó.

¡Qué sudores! ¡Qué calor! Pero qué coño…

¡Chup, chup, chup! ¡Se estaba cociendo!

—Tierra llam…ando… a yaya. ¡YAYA, DES… PI… ER-TA!

Y entonces… vértigo.

Bajona gravitatoria. Colapso gélido.

Ansiedad, angustia, desesperación…

—¡YAYA, JODER! —gritaba su nieta Esperanza, llorando a moco tendido, en el salón de su casa.

El Sr. Paquito tiritaba entre sus brazos.

Doña Milagros había regresado a la Tierra en caída libre.

Se orinó durante el brutal aterrizaje. Sentía el camisón frío y mojado a la vez que oía el lamento de su nieta al compás del puto péndulo de la salita.

♫ *Modermain - Te veo brillar*

CAPÍTULO 2
POLLO FRÍO

—¡Menudo blancazo lleva tu abuela!

—¿Blancazo? No. ¡Marronazo! ¡El que te vas a comer como le pase algo a mi abuela, subnormal! ¡Que tiene 80 años! —Esperanza increpaba a su novio, Chany, mientras se le caían las lágrimas y el moco del *piercing* practicaba *puenting* en su nariz.

Era demasiado joven para cargar con semejante homicidio involuntario.

—¡Te dije que no dejaras el bizcocho en la nevera, gilipollas!

Intoxicación pastelera con agravante de glaseado alucinógeno. Tragedia psicodélica.

—¡Puta! —le escupió el chihuahua estresado.

Milagros había regresado triturada del espacio sin el chotis de una comitiva de bienvenida que la rescatase de aquel siniestro total acolchado.

Síndrome de Estocolmo galáctico.

Estómago podrido.

Meada. Rebozada en chocolate.

Catatónica. Cadavérica.

Un mal viaje lo tiene cualquiera.

—¡Hazme tuya otra vez, Miguel Bosé! —reprochó la vieja a Chany, agarrándose con fuerza a los brazos del sofá.

Posesión astral.

—¡Pero qué Miguel, yaya, que es mi novio!

Milagros parpadeó con fuerza por primera vez.

Reconoció el horrible *septum* que hacía parecer a su nieta una vaca con mechas verdes.

Echó un vistazo a su alrededor.

Observó la guarrindongada que estaba macerando en su butacón y, atemorizada, rogó:

—No... no le digas nada a tu padre.

Acto seguido, su boca se convirtió en un caño de vómito del que las Adidas recién estrenadas de Chany no pudieron escapar.

* * *

El personal de la ambulancia había presenciado de todo en el turno de noche: desde punkis puestísimos de *spiz* pogueando con el fémur roto hasta sprays de nata montada atascados en el recto. Nunca nada parecido al intermedio de un exorcismo fósil.

La mirada deshabitada de una vieja cataléptica, amarrada a la camilla, pedía cita previa en las pesadillas de los sanitarios que la examinaban arrinconados como si las sacudidas de la ambulancia vinieran de otra dimensión.

Postulaban a «Mejor anécdota del servicio de urgencias» en los premios anuales organizados por el sindicato. El seguro cubría la baja por estrés postraumático y las gambas de la gala.

Esperanza estrechó con fuerza la mano de su abuela mientras enviaba un Güasapp.

«Una palabra de esto a alguien y te mato».

El frenazo ante la entrada colapsada de urgencias fue suficiente para establecer prioridades viscerales, sin discusiones: el pasillo humano se replegó ante el avance de la camilla, que avanzaba entre gestos de asco y respingos, despertando más impresión que pudor.

A su paso, un murmullo de santiguaciones apresuradas ofrecía la protección sin receta que la medicina legal no les ofrecería esa noche.

Por fin. Llegaron.

Ocho horas después…

Doña Milagros se recomponía de un resacón psicodélico incorporada en la cama al ritmo del gotero, algo más lento que el del monitor de frecuencia cardíaca.

Llevaba la cánula nasal por aburrimiento y cambió el pulsómetro al dedo anular porque la enfermera le caía mal, antes y después del despiadado chute de analgésicos.

Incrustada en un gran almohadón, aguardaba la visita del médico, ignorando la bandeja de comida que la estúpida de la enfermera le había dejado delante: pollo hervido, con arroz.

—¿Cómo se encuentra usted, Manoli?

El doctor Cansado entró en la habitación revisando informes, las gafas en la punta de la nariz, rascándose la desarreglada barba grisácea.

—Me llamo Milagros.

—¿Milagros? —le dedicó una miradita por encima de las lentes mientras traspapelaba la documentación, detenido a los pies de la cama—. Sí, Milagros… parece que ha sufrido

una intoxicación aguda de…

Alzó las cejas y esbozó una sonrisilla.

—Bizcocho de chocolate con psilocibina… ¡¿Monguis?! ¿A su edad?

Negó el episodio pasando las hojas de la carpeta hasta que el olor de la bandeja lo alertó como a un perro callejero.

—Vaya… veo que no ha comido nada todavía… No debería. Tiene usted el estómago pachucho… ¿Me permite?

Cogió un muslo de pollo frío y le asestó un mordisco.

—Tres guardias seguidas.

Otro bocado.

—Me olvidé el táper en casa y… ¡uf! Le falta un poco de sal.

—Y a usted la vergüenza —resopló la vieja.

El matasanos dejó el muslo en el plato y se chupó el índice y el pulgar antes de pasar otra página del informe.

—Bueno, eso es lo que menos debería preocuparnos ahora, Manoli… ¿Pasó el Ayuwoki durante la última cuarentena?

Milagros lo miró.

Suspiró y devolvió la vista a la pared de enfrente. Allí, el póster de una enfermera con el dedo en la boca la invitaba a quedarse calladita.

—Verá… le hemos realizado algunas pruebas y… ¿Le importa si me llevo el yogur de plátano? —señaló la bandeja.

Abracadabra.

Cuando bajó la mano, el yogur ya no estaba.

El truco no le salió del todo bien: se había olvidado la cucharilla de plástico.

—Los resultados no son todo lo alentadores que desearíamos… Hemos encontrado metástasis por Ayuwoki en varios

de sus órganos.

Apretó los labios y asintió, compungido. Como si Interpretación y Teatro hubiera sido troncal en Medicina.

—Doña… Milagros —volvió a traspapelar—. Iré al grano.

La vieja, enfrascada en su pulso silencioso con la enfermera del póster, le ofreció el panecillo de la bandeja menguante.

—No, no. Gracias. El pan es de ayer.

Silencio.

—Le queda un año de vida.

El panecillo cayó sobre la cama como un punto sobre la *i*.

—A ver, no exactamente. No soy adivino —el doctor matizó sus palabras con el chusco de pan—. Lo mismo con cuidados paliativos un año, año y medio. Pongamos dos. Mire el lado positivo: ajustando la dosis podrá seguir disfrutando de sus bizcochos de la risa. Hay que mantener el optimismo, Manoli.

Para esto hemos quedao.

Dirigiéndose hacia la puerta sin dar la espalda, el doctor Cansado hizo un último acto de prestidigitación y se metió el puto bollo de pan duro en algún bolsillo.

—¡Pero no se preocupe! Ya está usted en la lista de espera para recibir tratamiento… De aquí a dos años… ¡como máximo, eh! Aun así, le daremos una vueltecilla más a las pruebas. ¡Quédese tranquila! ¡A recuperarse, Manoli!

A doña Milagros ya no le importaba nada una mierda.

Ni siquiera que la cucharilla y el cartón de zumo también hubieran desaparecido de allí.

Qué cabrón.

Esperanza irrumpió en la habitación y a Milagros se le saltaron las lágrimas mientras se le apretaba el nudo turco que el cleptómano diplomado en medicina le había dejado

en la boca del estómago.

—¡YAYAAAA! —Esperanza se abalanzó sobre su abuela, que la acogió en su regazo al borde de la cama.

Ángel bendito, 23 añitos.

Quién tuviera su energía y determinación para inmolarse en el Ministerio de Sanidad.

—¿Cómo te encuentras, yaya? —la voz de la nieta sonó cálida y amortiguada sobre su enorme teta izquierda.

—¿Te vas a morir? —preguntó, mirando sus ojos vidriosos.

—Pues… ¿no le habrás dicho nada a tu padre, verdad?

La joven regresó al regazo calentito de su yaya.

—¿Estás loca, abuela? ¿Quieres que me monte un numerito de los suyos?

¡Bzzz! Mensaje de Güasapp. Esperanza sacó su móvil y, tras un vistazo, lo volvió a guardar.

—¿Quién más lo sabe?

—Miguel Bosé, abuela… ¡Mi Miguel Bosé!

♫ *Lendakaris Muertos - Estamos en esto por las drogas*

CAPÍTULO 3
NUNCA ES DEMASIADO TARDE

Tumbado en la butaca, el Sr. Paquito, chihuahua toy blanco y cabezón, suspiró mientras esperaba a su yaya.

Las partículas de polvo flotaban entre los haces de luz que se colaban por las rendijas de la persiana. Hacía horas que habían dejado de entretenerlo.

Alzó el hocico hacia la puerta.

Aunque Esperanza dejó abierta la corredera de la terraza, él ya había hecho su ofrenda de bienvenida en el recibidor.

A pesar de las variadas texturas calientes y el pestazo, sus truñitos eran celebrados por la abuela como quien encuentra un recién nacido abandonado en el porche, rechoncho y envuelto en nieve junto a una nota piadosa.

Un homenaje que recibía erguido sobre sus patitas traseras.

El Sr. Paquito levantó las orejas al escuchar el cascabeleo de las llaves. Se lanzó al suelo y, claqueteando por el piso, acudió a la entrada.

La yaya estaba al otro lado.

Aún podía olerle la resaca desde el rellano.

Doña Milagros entró con los ojos caídos. Encendió la luz.

El chihuahua desplegó su arsenal de saltos y gemidos a su alrededor.

La anciana ignoró el mojón con lacito y se dejó caer sobre los restos de lo que, hacía horas, fue un cohete. Más bien un fuego artificial.

El perro se detuvo junto a su obsequio de bienvenida, lo olisqueó y se quedó pendiente de la vieja derrumbada en el butacón con la chota torcida.

Bufó.

Y regresó junto a ella reclamando atención.

Estaba perdiendo el talento de perro faldero con el que se ganaba el «jamonchor».

—Hoy no, mi niño.

La cosa debía estar muy jodida.

Desapareció del salón. Hay que saber retirarse a tiempo.

No quedaba otro remedio, rumió doña Milagros.

Sacó su móvil del bolso.

Cogió aire. Respiró profundamente.

Y marcó el número que le habían asignado para llamar a alguien responsable en caso de emergencia o, directamente, para hablar con su hijo, Fernando: «el namber güan, ¡Acuérdate, mamá!». El número 1.

Primer tono.

Dada la situación, no había lugar para discusiones ni dimes y diretes.

Segundo tono.

Se iba a morir. En lo que galla un canto.

Tercer tono. Fernandito lo tendría en silencio.

¿Y si le había pasado algo? ¿Le habrían robado el móvil? ¿Y si Fernando yacía en una cuneta?

Necesitaba a alguien a su lado. Siempre lo necesitó.

Cuarto tono… La cosa estaba muy jodida.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Pero no me llamaste ya ayer?

—Ya, hijo, ya. Es que, verás. Esta mañana he salido del médi…

—¡Joder, mamá! ¿Por qué no le das el coñazo a mi hermana? ¡Estoy ocupado!

—Pero si es muy tarde, Fernando… ¿Sigues en comisaría?

Fernando estaba en la penumbra humeante con medio Ducados en la boca. Protegiendo un trío de reyes y dos bastardas en la mesa. Parapetado entre una columna de fichas de *poker* y un tubo aguado de Johnnie Walker, usado ya como cenicero. Nadie se dignaba a vaciar el otro, sepultado en colillas y cáscaras de pistacho.

—¡Estoy contando chorizos! —hizo un gesto al crupier de la mesa—. Que me faltan dos…

En la mesa se reían.

Menudos desgraciados.

En la tele discutían con las pupilas dilatadas. El penalti daba igual. El deporte favorito de los tertulianos también se jugaba entre rayas.

Le pasaron dos cartas.

Su cabeza gris apareció de la nada bajo el cono de luz que iluminaba el tapete verde de juego, como un fantasma emergiendo de la bruma.

—Perdona, hijo… mira, es que…

Fernando abandonó el móvil sobre la mesa, boca abajo.

—Miro, miro…

El muy gañán se inclinó hacia atrás y levantó con cautela lo que le vino del descarte apretando los labios mientras le ponían otro cubata por delante.

Fernando hizo un gesto de estar servido.

No sabía poner cara de *poker*; más bien parecía un supervillano *glam* haciendo morritos con cara de culo. Se había afeitado el bigote de madero porque se lo quemaba apurando los cigarros que partía por la mitad, para que le durase más el paquete.

Remató su jugada recuperando el monólogo telefónico de su madre.

—Mira, mamá, llama a la Mari. ¡Que no trabaja mañana! Ni pasado mañana… ¡Ni ha trabajado en su puta vida! Venga, mamá. ¡Ya te llamo yo! Un beso, un besooo.

Quinto tono. El más largo de todos.

Llamada finalizada.

El Sr. Paquito rascó con cuidado la rodilla de la yaya. Amagó con un par de saltitos y acabó encaramado en su regazo.

Se acurrucó.

Esta vez no hubo rechazos.

El calienta-muslos oficial había llegado a templarle el corazón. Buen olfato.

Solo quedaba el número 2. El 3 no: no le haría eso a su nieta.

Un tono, dos tonos…

Acomodada en el tresillo, con un Marlboro en los labios y una toalla turbante, la cacatúa de la Mari en camisón se limaba las durezas de los talones con los pies apoyados en la mesita, junto a una Coca-Cola y el cenicero.

En la tele echaban un especial sobre la terrible pandemia



que asoló el mundo años atrás: el Ayuwoki.

La pantalla se disputaba su atención con la nieve que caía de los callos de sus tacones. Los expertos recomendaban la octava dosis de la vacuna, la del refuerzo del refuerzo.

—No volveré a caer, reptilianos…

Sonó el móvil. Echó un vistazo.

Y resopló.

Llamada rechazada.

Afuera ya había oscurecido. Hora de cenar.

La vieja tenía el estómago cerrado. No había comido nada en todo el día.

Esa noche no emitían *Lucilerda*, en su lugar eliminaban a una de esas recauchutadas barbis con uñas rojo-putón y al chulo-playa de turno que la acompañaba de *La isla de las Pilinguis*, el *reality* televisivo del momento.

En esa ocasión, doña Milagros no se quedaría enganchada al maldito programa hasta las tantas. Llegó a la conclusión de que en la tele solo salían viciosos, putas y mentirosos. Todos drogadictos.

Cambió de canal.

En el fondo, le dolía no haber naufragado en una isla así en su juventud. A puta no la hubiera ganado nadie; se los habría follado a todos.

En sus tiempos, fornicar como el que da los buenos días aún no era un comportamiento social aceptado como entre los bonobos.

A pesar de tener más de ochenta palos dados, a ella le seguía picando el chichi. Tanto como para visitar al médico jovencito del ambulatorio una vez al mes para que la auscultara y la manoseara donde a ella se le antojara un dolor.

Un día era la rodilla y otro la rabadilla, según el grado de calentón que hubiera soportado en la sala de espera.

Se había echado a perder. Demasiado vieja. Demasiado tarde… aunque su cuerpo flamenco opinara diferente.

Ya tenía fecha de caducidad confirmada, como el plátano en rodajas al que no aún no había dado un bocado y ahora yacía a su lado en el sofá, en un impotente bodegón: *Plátano, vaso de agua y último papel del rollo sobre mesita auxiliar.*

El mando a distancia pesaba más que de costumbre.

El Sr. Paquito dormía sobre la falda de su camisón.

Ella masticaba sus pensamientos durante un insomnio que se perpetuaba en un *zapping* sin fin:

La Ruleta de los Gemelos: el feo apuesta al rojo, el más feo apuesta al negro. Ninguno de los dos falla, pierde quien no lee la letra pequeña que atraviesa la pantalla a toda leche.

Demasiado tarde para jugar.

El Tarot de Penélope Laguarra: ¿Quieres saber lo que te depara el futuro? Un ente celestial le sopla las respuestas desde otra dimensión, por pinganillo. Salud, dinero, amor…

Demasiado tarde para vivir.

Otro.

Roke Janpoke, el tatuador de las estrellas.

Demasiado…

Calvo.

Bueno, aún conservaba las greñas, largas y teñidas de negro a lo metalpaco. También lucía un corte de barba a lo Lemmy Kilmister de Motörhead y gafas culo-vaso.

La hawaiana roja, estampada con dragones japoneses, descubría sus brazos… ¡¿Sin tatuajes?!

Gesticulaba sin parar. Discutía con una rubia exuberante como si el mundo se fuera a acabar sobre un croma con interferencias de fondo.

—¡Yo quería un diamante! —gritó ella.

—¡En el cielo no te dejarán entrar con este pedrolo, aunque seas un ángel! —el tatuador le mostró un anillo con un pedrusción cegador y, a continuación, lo arrojó con desprecio.

—¡Solo mi amor tatuado resonará en la eternidad! —agarró a la rubia del brazo. La giró a cámara y ella suspiró al borde del desmayo revelando un enorme tatuaje en toda la frente:

«MI AMOR»

Milagros se revolvió indignada en el sofá como lo hacía en los clímax manidos de su telenovela favorita.

—¿Te ha dolido, «MI AMOR»? —le preguntó él tras apartarla con el mismo desdén con el que había tirado la joya.

Se dirigió a cámara:

—¡No tanto como el dinero que te va a costar el tatu! O como eliminarlo después... ¡Con un rayador de queso!

La vieja se tapó la boca con ambas manos.

—El cumpleaños de tu bebé, que no se te olvide con el alzhéimer; el nombre del novio garrulo que te echaste ayer o el jepeto de tu mascota antes del fatídico atropello...

El chihuahua, adormilado, irguió una oreja y olfateó el aire sin despegarse de la yaya.

—La muerte te lo arrebatará todo... ¡Excepto mis tatuajes! Lo único que podrás llevarte a la tumba. ¡Los de la competencia se borran entre insufribles alergias e infecciones!

Una orquesta épica estalló cascando los bafles de la tele, sobresaltando a la vieja.

El artista cerró los ojos y abrió los brazos como un profeta duchándose bajo un foco de luz celestial. Cutre, coherente con los efectos a punta pala.

—Soy Roke Janpoke, el tatuador de las estrellas. Y porque tú eres especial, solo mañana haré una excepción en mi apretada agenda… ¡Nunca es demasiado tarde para un tatuaje!

Las últimas palabras de aquella insufrible promoción se escurrieron como un eco en la cabeza desplomada de doña Milagros, que ya aserruchaba su primer ronquido alumbrada por las intermitencias de la tele.

El chihuahua la admiró con ternura y preocupación.

El guardián del sofá no se durmió.

♫ *The Black Panthys Party - El Tarot de Mari Tere*

CAPITULO 4
REQUIESCAT IN PACE

♫ *Medina Azahara - Todo tiene su Fin*

«Milagros Oliva Navarrete, tus hijos no te olvidan», rezaba el lazo de la enorme corona de lirios y rosas blancas sobre el ataúd abierto de la capilla ardiente.

Dos focos iluminaban a doña Milagros.

Uno a su cara de muerta sonriente.

Otro al tatuaje en su antebrazo: el retrato del Sr. Paquito, una pequeña exhibición de arte para las tres vecinas del bloque que se acercaron a despedirse... y, de paso, cubrir la noticia para Tele-Rellano.

Sería recordada hasta el fin de los tiempos en la comunidad.

—¡Mírala, qué guapa! —decía la del 5.º A.

—¡Qué bien la han maquillado! —respondía la del 2.º C.

A unos metros, Fernando y la Mari, emperifollada para la ocasión, y Esperanza con el Sr. Paquito en brazos, contemplaban el desfile, apenas interrumpido por pésames rapiditos.

No había nadie más. Y el conserje.

—Hay que ver, mamá... ¡Cuando más podíamos disfrutar

juntas, vas y te mueres! Si hubiera podido coger su última llamada… —la Mari secó con delicadeza las lágrimas teñidas de rímel. Habían convertido su cara en una mezcla de «he llorado en el baño de la oficina» y «vengo de un concierto de los Lendakaris Muertos».

—No había noche que no hablásemos un ratito —Fernando consoló a su hermana con un abrazo.

El cuarteto familiar avanzó hacia el ataúd de roble.

Se cruzaron con la última vecina del edificio, a quien Milagros, que en paz descanse, había apodado «la ciega» por vivir en el 9.º B.

El Sr. Paquito le lanzó un mordisco fallido.

Aquel chucho defendió a su yaya hasta las últimas.

—Ahí está… ¡Qué sonrisa! Solo me consuela que se haya ido tan… ¿feliz? —la Mari dio un paso adelante. Se marcó un padrenuestro a lo «cuatro esquinitas tiene mi cama» y tiró una bomba de humo en la que también se esfumó Fernando.

Esperanza se arrimó al borde del ataúd.

Parecía tan cómodo como el sofá de su yaya.

Merecía eso y más.

—Mira, Sr. Paquito. Ahí está la yaya.

Asomó el perrillo al sarcófago prémium.

—Te llevaste contigo lo que más querías, abuela: al Sr. Paquito en tu brazo, donde te ponía la patita para pedirte el «jamonchor».

Articuló la frase como un hechizo, rematándola con la palabra mágica.

Al animalito le dio un yuyu.

Escapó de sus brazos de un salto, cayó sobre el cuerpo presente de la difunta y se fue directo a la amarmolada cara a lamerle los morros fríos.


MILAGROS OLIVA NAVARRETE
TUS HIJOS NO TE OLVIDAN

El cuerpo inerte y rechoncho de doña Milagros comenzó a sentir un hormigueo que crecía en el pecho. En la punta de la nariz… ahora en la mejilla.

Un tufo a plátano se coló sin avisar en sus fosas nasales.

Le siguió una sensación fría, viscosa y desagradable en los labios que la catapultó de inmediato a la vigilia. Como uno de los ronquidos que se le atascaban de madrugada.

Se había quedado sopa.

—¡Coño, Sr. Paquito! ¡Que seguro que te has estado lamiendo los huevos antes! —apartó al chihuahua que le estaba clavando las uñas en las tetas mientras le chupaba la boca.

Encontró el mando. Quitó la tele.

—¡Puta! —ladró el inquilino de la falda.

El muy sinvergüenza se había comido el plátano.

—¿¡Cómo no te voy a querer, hijoputa!? ¡Con esas cosas que me dices!

Al verle los colmillos sonrientes al cabronazo del perro, sintió un *déjà vu*.

Se rayó.

Pensativa, intentó enhebrar un recuerdo que se le escapaba hasta que… ¡pop! en su cabeza brotó la imagen del tatuaje que se había visto en el sueño: su Sr. Paquito. Contento, satisfecho, boca arriba con sus huevecillos y todo.

Qué preciosidad de retrato. Qué bien hecho. Parecía que estuviera vivo.

La culpa fue del anuncio ese que vio por la tele. El del tatuador calvo sin tatuajes. El putero, vicioso y mentiroso aquel.

¿Roke Fantoche era?

Aquella noche, el tal Roke se había limpiado el culo a gusto con la propuesta de una agencia publicitaria.

—¡Vamos! ¡A la cama!

El perro dio un brinco al suelo y, cuando la abuela amagó con incorporarse, la invitó a seguirle.

—¡Puta! ¡Puta!

—¡QUIERE CALLAR YA ESE PERRO! —El bocinazo de un vecino retumbó en el salón.

Se hizo el silencio. Ese que no suena por la noche.

Doña Milagros se levantó con parsimonia del butacón. Ignoró el escandaloso reproche.

Ya en pie, cargó la pierna, alzó la cadera derecha y…

¡PRRRRRRT!

Se cascó un pedo trompetero al compás de la marcha, tan orgullosa como satisfecha.

—¡ESTO PA LOS CALVOS! —gritó de vuelta la vieja.

Y se largó por el pasillo encendido hacia el dormitorio seguida por el chihuahua.

—Que yo sí que tengo que aguantaros los golpes en la cabecera de la cama cuando estáis jodiendo. ¡Guarros! ¡Vamos, Sr. Paquito!

Apagó la luz.

—Mañana será otro día. Nunca es demasiado tarde para un tatuaje.

LO QUE VIENE DESPUÉS

Porque doña Milagros todavía tenía que meterse en más problemas. Le quedaba mucho que dar por culo.

Y esto no ha hecho más que empezar.

—¿Que me has sacado de mi cama calentita, con el estómago vacío, a las diez de la noche… y encima me he perdido mi *Lucilerda* para venir en zapatillas a una fiesta de drogatas? ¡Me cago en San Peo bendito!

—Y hoy, por fin, después de un año, se celebra la última sesión de la mediática macrocausa contra la famosa influénser Inked Yaya, el conocido tatuador Roke Janpoke y la organización criminal que, presuntamente, ambos encabezaban: Los Querubines del Averno.

—Es usted vieja, pero no sorda… ¿Se imagina por qué estamos en el top de los geriátricos de este país? Porque aquí dentro nadie ve nada. No hay testigos. Ni siquiera versiones… ¡Versiones seniles! Y para hacer una tortilla solo hay que romper huevos.

Bajo los focos solo quedó la piña negra de espalderas, protegiendo su frágil corazón con un arsenal de puños americanos, mariposas y la cacharra del Robe, a quien la abuela se abrazaba sollozando.

ESTE LIBRO SUENA ASÍ: escanea el QR o haz click AQUÍ y escucha la playlist de *Inked Yaya* en Spotify

Miguel Bosé — *Amante Bandido*
Modermain — *Te Veo Brillar*
Lendakaris Muertos — *Estamos en Esto por las Drogas*
The Black Panthys Party — *El Tarot de Mari Tere*
Medina Azahara — *Todo tiene su fin*
Leño — *Maneras de Vivir*
Mala Rodríguez — *Tengo Un Trato*
Rosendo — *Agradecido*
Marea — *El Perro Verde*
Violadores del Verso | Kase O — *Cantando*
Obús — *Corre Mamón*
Los Toreros Muertos — *Mi Agüita Amarilla*
Def Con Dos — *Gilipollas no tiene traducción*
Sara Montiel — *Fumando Espero*
Cecilio G. & Jarfaiter — *Chupapow*
El Coleta & Manuel Malou — *Quinquis de la Calle*
O´funk´illo & Kutxi Romero - *Buscando Likes*
Chimo Bayo - *Así me gusta a mí*
Duo Kie — *Pon una Cifra*
Sagan Ummo — *Trust Issues*
Los Chunguitos — *Dame Veneno*
Reincidentes — *Cartas desde el Asilo*
Narco & El Sicario — *Asilo 2052*
Hamlet — *Tu Medicina*
Soziedad Alkoholika — *Fugitivos*
Miguel Campello — *Soy Rebelde*
The Black Panthys Party — *Froilán*
Mojinos Escozios — *Qué güeno que estoy*
Golpes Bajos — *No Mires a los Ojos de la Gente*
Antonio Machín — *Toda Una Vida*

¿Seguimos?

La historia completa de *Inked Yaya* ya puede reservarse en **Amazon** en **edición Kindle**.

RESERVA INKED YAYA EN AMAZON

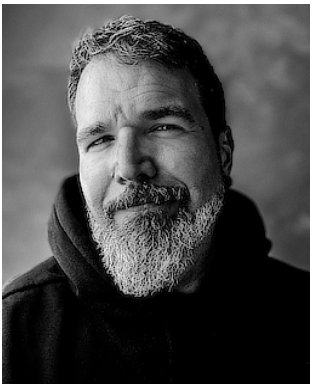
La edición física estará disponible a partir del:

LANZAMIENTO 20 OCTUBRE 2026

Sigue la campaña de promoción, teasers y sorpresas en **Instagram:** @rokejanpoke

Gracias por leer los primeros 4 capítulos.
¿Te supo a poco?
Pues esto no ha hecho más que empezar.
Puedes seguir leyendo hasta el capítulo 9 gratis.

QUIERO SEGUIR LEYENDO



JAVI ROLLING

¿Biografía? A medio camino de la intrascendencia.

Nací un 14 de abril de 1978 en Carabanchel (Madrid).
Ahora vivo en Noruega.

¿Lo que pasó en medio? Bien podría ser un cuento.
Llevo toda la vida contando historias.
Para seguir haciéndolo no hace falta disfraz.
Yo ando en pijama, por si vienen a despertarme.
Quizá me ponga la bata y me asome a la ventana,
con escepticismo.

Siento especial debilidad por los perdedores,
los delincuentes y los antihéroes que lloran
bajo su armadura.
Quizás porque soy uno de ellos.

Voy agotando la libertad de las trincheras
hasta que se convierten en prisiones
de las que volver a escapar.
Ya tengo un nuevo plan de fuga.
Aunque acabaré improvisando.
Por seguir llevando la contraria.

Esta es mi primera novela seria.